

unos dibujantes empeñados en usar las calles de la ciudad para opinar sobre algo que está en el aire, y de paso afinar la visual del personal, cosa que siempre está bien. Siempre es una actividad divertida, estimulante, nocturna y poética.

El pegamento también es muy poético. Y ese es el próximo paso. De hecho es el paso anterior, pero muy importante. Buscar la consistencia perfecta para que los carteles autoeditados se agarren a la pared el tiempo suficiente para que los paseantes lo puedan disfrutar.

Y esto es el pago, el reembolso del cartel. Viendo que el paseante lo tiene a su alcance, si le apetece. Que los mensajes y opiniones de cuatro personas anónimas, que sean muy profundos o muy superfluos, salen a la calle para el disfrute, la rabia o el olvido del público.

Nadie puede imponer los temas y reglas del cartel, y nadie obliga al público a prestarles atención. Un equilibrio perfecto. ◀▶

El cartel

## 1/2 vaca. Un refugio para la poesía

SE CORTE  
POR DONDE  
SE CORTE  
LA POESIA  
QUEDA SIEMPRE  
EN LA OTRA MITAD  
DE LA VACA

Así comenzaba, allá por el año 1991, el primero de los envíos recopilatorios que, de caja en caja y de treinta y tres en treinta y tres medias vacas, se iban sucediendo sin lugar para el respiro. Lejos de la observación inicial del editor, la poesía aparecía por todos los rincones, por los codillos o por el lomo, por el morro o por el rabo, por las orejas o por las ubres. Toda llena de "libros", más que una 1/2 vaca era una vaca y 1/2. Era un compendio de sabiduría cotidiana que reivindicaba la placidez en el arte del saber rumiar, una invitación a leer tumbados sobre el pastizal.

Recuerdo mi mano demorada en doblar el folio en cuatro para construir ocho páginas, o en seguir el tacto de la tinta sobre el dorso retraído del pliego. Eran cuadernillos de poesía en movimiento, juglares contemporáneos que daban vueltas como antaño al devenir incesante de la voz, de mano en mano como de mona en mona, de paso en paso como de sapo en sapo o de sopa en sopa. De la voz a la calle pasando por el pliego, del verbo al adverbio y del nombre al adjetivo, del querer al poder y de la palabra al infinito. Avanzábamos en la noche cogidos de la palabra para no perdernos en el bosque de lo innombrado, y nuestras manos ceñían la cintura del poema. No hay duda. La 1/2 vaca sirvió para que nuestras neuronas aprendiesen a calibrar la distancia entre una coma y un punto, entre un verso y su reverso, entre un nombre y su consuelo. Sabemos manejarnos en la selva del lenguaje gracias a que un día fuimos invitados a participar en semejante festín para nuestro deleite.

Escribir una 1/2 vaca se antojaba como escribir una postal y deslizarla por la rendija de las puertas, asomarse a las ventanas para mirar, dar una vuelta a la manzana subido a lomos de "Francisca", saborear la docena de huevos de Fernández Molina o los rostros dibujados por alguien que un día fue niño, darse de bruces con un folio hecho un cuatro que se doblaba como un acordeón al ritmo de los poetas que lo doblaron y lo desdoblaron antes que tú, mientras lo escribían o lo leían, como hipnóticos hacedores anónimos de un poema enorme, que ocupaba no sólo el espacio sino también el tiempo y las conciencias, las vidas de cada autor empujadas a ser en un breve trozo de papel resumido en una cuadrícula.

Tuve conciencia de ser eslabón de una larguísima cadena que se perdía entre las esquinas de un folio mágico. Y en ese trajín llegué incluso a recuperar a mi padre y renové sus letras, en un ademán de encuentro y despedida, alumbrado tal vez por la sabiduría que parecen desprender los que ya han muerto, sumidos en un hábito de certeza que los hace inefables, pero capaces todavía de ser, de pertenecer, de convivir a través de unas escasísimas páginas que sin embargo atesoraban la enormidad del encuentro, la grandeza del hallazgo. Poco después quise que llegaran los rostros de mi hijo, y el asombro se adueñó de mi mirada al comprobar con cuánta insistencia indagaba todo aquello que me era desconocido. A través de mis manos uní el pasado y el futuro.

Fuimos muchos los que tuvimos la fortuna de pasar por sus páginas, éramos una legión reunida alrededor de un fuego que

nunca llegaba a ser ceniza, pues detrás de una te llegaba otra, cuando no aparecían de tres en tres o de cuatro en cuatro, a medios rebaños o a medias vacas la lectura se tronaba o tornaba escritura sin solución de continuidad. Ese fue su secreto. Que en la misma lectura recogías la idea que enlazaba con la siguiente, y que al lanzarla a volar ya estabas recibiendo otro encarte que proponía nuevos caminos. Interesante hallazgo, amigo Vicente: situadas en los lugares apropiados, las bisagras dejaban moverse en libertad a la hoja, pues una vez lubricados los resortes, bastaba con dejarlos actuar. Hasta que cobraron vida propia.

Su inventor detuvo de pronto los engranajes y cambió de página, que no de libro, dejándonos a todos traspuestos y con el paso cambiado, porque la costumbre nos había habituado en exceso a desayunar o a merendar con una 1/2 vaca entre las manos, pero era evidente que el trasiego había creado la comunidad y que la comunidad había conmutado en un gran pliego de poesía andante. Y ya nadie podría detenerla. Aún hoy sigo leyéndolos. Y descubriendo jardines, rincones, largos paseos, cuadrantes que me guíen o me ayuden a ver escondidas luciérnagas. Gran invento de lo que se hace a medida que se hace, sin más recorrido que su propia cadencia, rodeando el mundo como en un abrazo. Porque la 1/2 vaca actuaba a modo de espejo donde tu perfil se definía a la medida del otro. Esa fue la clave de la literatura que destilaron sus páginas: el descubrimiento del otro, del lector que recrea la acción a la vez que la escribe. Gracias a ella aprendías a ser lector antes que escritor, e incluso a veces te parabas a pensar cuál de los dos realmente era tu oficio, si es que alguna diferencia cabe entre ambos. En las entrañas de una vaca partida por la mitad lograron reunirse una cantidad ingente de poetas cotidianos que se leían y se escribían casi compulsivamente, pese a que muchos de ellos incluso desconocían su condición. No importaba en absoluto. Les bastaba con actuar.

Entrañable 1/2 vaca. Siempre me pregunté dónde quedó tu otra mitad. ◀▶

Joaquín Ferrando

Se define con las siguientes palabras: "Escritor y lector de medias vacas (y demás), a ratos holgazán, estudié para comprender qué pocas cosas sé. Invitado a colaborar, colaboré en todo aquello que pude, y dispuesto a seguir, mi biografía bien podría escribirse al revés, a la espera del próximo evento que me ratifique en la sensación de estar vivo. Soy, como mi obra, una sucesión de intentos inacabados que parecen columpiarse a la espera de alguna coma, o de un punto. Y aparte".



2

Se hizo el 28 de NOVIEMBRE de 1991  
TEN, COMILÓN . ABTAO 44 . madrid



80

Se hizo el 3 de DICIEMBRE de 1992  
TEN, COMILÓN . ABTAO, 44 . madrid



112

TEN, COMILÓN, diciembre de 1993  
c/. SALAMANCA, 49 ● 46005 valencia

Depósito Legal: U-5316-1993 - Imprenta Llerenas



J Ferrando



Ximo Ferrando



Luis Ferrando Cabedo



182

TEN, COMILÓN, septiembre de 1996  
c/. SALAMANCA, 49 ● 46005 valencia

Depósito Legal: U-5316-1993 - Imprenta Llerenas



Ximo Ferrando



214

TEN, COMILÓN, Julio de 1997  
c/. SALAMANCA, 49 ● 46005 valencia

Depósito Legal: U-5316-1993 - Imprenta Llerenas

